

labras que al devenir signo escrito, o dibujo, se clarifican.

Explorador del «espacio de lo interno» («l'espace du dedans»), Michaux fue precursor de los cosmonautas del infinito interior que formaron la generación «beat»: Ginsberg, McClure y, sobre todo, William Burroughs, en su poesía involuntaria de viajeros, que narran, y que han de renovar el lenguaje al hilo de su narración, porque lo que cuentan —inventan, ven...— es nuevo. Son notables los puntos de relación entre Burroughs y Michaux: los dos muestran el mismo desdén por la literatura —Michaux fustiga a las palabras, rompe y corrompe sus sonidos; Burroughs rompe las frases, las tortura y perverte su sentido—, por la bella imagen y la bonita expresión; tienden al lenguaje frío y exacto de la computadora. Los dos han buscado —en el silencio, en la soledad, en la droga— el conocimiento por los abismos, y los dos han salido de la experiencia —de la droga o del lenguaje— deshumanizados, despersonalizados hasta el más alto grado; no existen fotografías de Michaux, y las de Burroughs muestran sólo una máscara de carne, que podría ser cualquiera porque es Nadie. A lo largo del viaje, el que discurre, confrontando con su imagen mil veces reflejada, bajo diversas apariencias, en el entorno, acaba refugiándose en su diferencia, que es vacuidad; la variedad de sus máscaras se convierte en monotonía, y la multiplicidad de sensaciones llega a ser una sensación: la de movimiento. El viajero acaba por no existir, por abandonar su rostro definitivamente al paisaje.

Michaux, atraído desde su temprana juventud por el misticismo, hizo suyo el lema de Alistair Crowley, «Alcanzar los fines de la religión por los medios de la ciencia», y se em-

barcó en una empresa en pos del conocimiento que le llevó desde el maravillarse por todo del aprendizaje de brujo hasta el escepticismo del Maestro Zen, para quien (tras atravesar las fantasmagorías de la confusión) el mundo vuelve a ser lo que siempre fue, las cosas recuperan su aspecto habitual. En su búsqueda de una realidad superior —más compleja y articulada—, Michaux ha empleado algunos métodos de sus coetáneos surrealistas —el relato de sueños, la yuxtaposición de significados en apariencia opuestos—, lo que ha llevado a algunos críticos a incluirlo en el Movimiento. Sin embargo, sus vínculos con el surrealismo fueron nulos: le interesaba más Lautréamont que Breton, y prefirió siempre la exactitud despiadada de la ecuación verbal, donde el poema se convierte en razonamiento y éste vuelve a transformarse en poema, que la falsa libertad de la escritura automática. Y, aunque interesado profundamente en los sueños, Michaux ha estado siempre profundamente alejado de la interpretación freudiana, preferida por los surrealistas. No existe tampoco en su obra esa exaltación de la mujer y del «amour fou» que es una de las características esenciales de la poesía surrealista. Ni siquiera en su pintura se advierte huella alguna de surrealismo: éste fue utilización del símbolo, y supuso en cierto modo una vuelta a la pintura literaria. La pintura de Michaux, por el contrario, opone el símbolo al signo, y su pintura no pretende en ningún momento ser sustituto de la literatura, sino alternativa a ella; Michaux no trata de narrar ni de emocionar cuando dibuja; no crea, como los surrealistas, cuadros que son objetos de funcionamiento simbólico, sino que utiliza el signo, el glifo, para transmitir conceptos.

Poeta y pensador, el belga ha buscado en su escritura la incidencia de dos luces que son dos modos de conocimiento: la vía solar y la vía lunar confluyen en sus textos; la noche y el día se funden, dando lugar a una luz que en ningún momento es crepuscular, a una luz polarizada de absoluta frialdad que resalta los perfiles, aunque conserva la fantasmagoría. Une y hermana el pensamiento crítico racionalista con la expresión delirante de un chamán, descubriendo así que ambas formas de interpretación del mundo —mágica y lógica— tienen la misma fuente, el mismo origen: necesidad de juego y exploración de cuartos oscuros para acabar con el miedo.

Michaux es un autor poco editado en caste-

llano, quizá por las dificultades que entraña su traducción, o tal vez porque su obra es tan ajena a todo que no justifica, a los ojos de los editores, su publicación. Su último libro aparecido en nuestro idioma —«Modos del dormido, modos del que despierta»— (1) es, como todo el resto de su producción, un relato de viajes. Viajes por reinos que todos los humanos conocemos, el sueño y la vigilia, pero cuyo paisaje varía para cada uno de nosotros. Con su palabra revela detalles topográficos de los países que explora que pasan inadvertidos a los que transitamos por

(1) Henri Michaux, *Modos del dormido, modos del que despierta*. Traducción y prólogo de José Lazaaga. Ediciones Pelmar («La ventana literaria»).

ellos distraídamente, revelando así bellezas nuevas y ocultos territorios no sólo en el dormir, que se prejuzga misterioso, sino también en el estar despierto, en ese estado mal llamado de alerta en el que nos movemos habitualmente. Tan lejos de la interpretación psicoanalítica como de la ocultista, el poeta-pensador belga se limita a narrar sus recorridos diurnos y nocturnos, sus viajes y sus máscaras de luz y de sombra. Cronista de las Indias del espíritu y maestro de la palabra exacta —su lectura preferida es, dicen, el diccionario—, su libro puede situarse en cualquier biblioteca en algún lugar entre las narraciones de viajes y aventuras, entre Bernal Díaz del Castillo y Joseph Conrad. ■ E. HARO IBARS.

## ARTE

*Hace unos días pasábamos, camino de otro sitio, por Zamora: una ciudad y una provincia por la que nunca puedo pasar indiferente... (¿pero habría algún lugar de este país por donde uno pueda pasar indiferente?). La casa del anticuario Colodrón, donde yo busco siempre objetos populares de madera, estaba cerrada. Pero, en su escaparate, vi el anuncio de una exposición a celebrar allí mismo, en Zamora. Eso me interesó mucho más. Porque yo pienso que una vida positiva lle-*

### Castilleja de la Cuesta (Sevilla)

#### LA FERIA DEL LIBRO (SALVAJE)

Hasta ahora, el pueblo sevillano de Castilleja de la Cuesta, localidad-dormitorio de la capital, era famoso por dos cosas: por sus célebres tortas y por cierta concentración que se produce allí todos los Domingos de Resurrección. A partir de este momento lo será por algo menos alimenticio que las tortas y por algo más callado que los paillos del Domingo de Resurrección: por la Feria del Libro. Una Feria del Libro municipal y espontánea, que se ha saltado todos los corsés del INLE y que ha surgido con pleno éxito, salvaje y esperanzada.

De entrada, la feria fue dedicada «A Antonio Machado en su centenario», cuando oficialmente Sevilla aún no se ha enterado de tal celebración. Surgida de la nada, en la plaza de Santiago se montó un gran casetón de feria de pueblo, donde se habilitaron los «stands». Ocho esforzados libreros, distribuidores y editores cogieron sus bártulos y se fueron para Castilleja a ver qué pasaba, con más perplejidad que otra cosa. Y a la larga vieron que las ferias del libro, donde tienen su futuro es en los pueblos, mercantilizadas como están en las ciudades. Un conocedor del lugar me hacía la geografía del libro de la comarca del Aljarafe, donde está enclavada Castilleja:

—Se coge el mapa y se puede hacer un triángulo de dieciocho pueblos donde no hay una sola librería.

En cambio, como en la copla antigua, si hay muy buenas y acreditadas tabernas. Por eso, «sacar el libro a la calle» tiene especialmente interés cuando nadie sabe qué es un libro. En las dieciocho horas que estuvo abierta la Feria de Castilleja se vendieron libros por un importe cercano a las cuatrocientas mil pesetas. Claro es que en la plaza de Santiago había algunos «placistas» y que más de cuatro enciclopedias cayeron, pero para muchos era la vez primera que podían estar entre libros. O como me comentaban:

—Cuatrocientas mil pesetas en libros no se han gastado aquí desde que se fundó el pueblo...

Además, la Feria Salvaje del Libro de Castilleja, sin patrocinio de nadie, alentada por un alcalde lector y por un grupo de jóvenes, tuvo la buena cosa de que no le costó un duro a nadie: ni al Ayuntamiento, ni a los libreros participantes. No existieron las cuotas que cobra el INLE, y los gastos los jugó el Ayuntamiento con pequeñas subvenciones y ayudas, que se le sacaron a la Diputación, a la Cite, a las Cajas de Ahorros o incluso a las fábricas de tortas. Lo comido por lo servido. Claro, que lo servido fue la exploración de un camino inédito para la promoción de los libros y de la cultura en los pueblos. Porque días antes de abrirse la Feria, hasta hubo su campaña de dinamización cultural, con un coloquio sobre la industria de la cultura y con una conferencia del crítico José Luis Ortiz de Lanzagorta, que en principio iba a ser sobre Antonio Machado y que por dificultades administrativas (no hay Feria del Libro en Andalucía sin suspensión) tuvo que cambiar de título. Un baranda provincial sugirió que de Machado no se podía hablar más que con el título «Aportación andaluza al 98 y al modernismo». ¿Y para qué enfadar barandas, si iba por medio una cosa tan simpática como una feria del libro de pueblo? Pues se dio la conferencia sobre Machado sin Machado en el título, y listo.

Que cunda el ejemplo es algo que hay que desear. Y que ir anotando. Porque cuando escribo estas líneas tengo noticias de que Sanlúcar de Barrameda, Villamartín, Morón de la Frontera y Camas preparan sus Ferias del Libro, espontáneas como los jaramagos, auténticas como el cardo borriquero. A lo mejor un buen día va el INLE y se entera de que existen. Y entonces, quién sabe, hasta ni es lo comido por lo servido, en honor y gloria de la cultura española. ■ ANTONIO BURGOS.